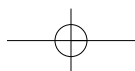
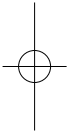
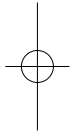
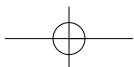
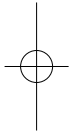
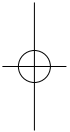


UNO





**1**

En una mañana de febrero en la que un frente frío avanza desde el Pacífico, aunque todavía no ha llegado del todo, los vientos son variables y racheados, las nubes parecen aplastarnos y un chaparrón de lluvia fina oscurece de cuando en cuando las losetas de la terraza, este lugar no se ajusta a ninguno de esos clichés sobre California con los que anuncian las Ciudades del Sol para el Crepúsculo de sus Días. Ni cielos monótonos, ni mañanas frías y nubladas, ni tardes plácidas que se funden con anocheceres frescos. Éste es el tiempo de los mares del Norte. El cielo hierve de nubes, el sol relumbra de vez en cuando como el ojo que abre un paciente drogado y el breve rayo de inteligencia que proyecta ilumina los montes y convierte una urbanización lejana en una vista de Toledo.

Unos rascadores pardos bien gorditos se van juntando unos con otros disimuladamente, las palomas torcaces cuellirrosas rebuscan comida entre la hierba, el campo vecino se llena de golpe de petirrojos que aparecen como hojas volanderas, comiscan un rato y se marchan todos juntos como si obedeciesen a una orden. Desde el estudio puedo ver a los chochines y herrerillos posados en la

## 12 WALLACE STEGNER

encina. Éste es el quinto año consecutivo que los chochines anidan en el mismo agujero y andan muy atareados: colas agitadas entrando y cabezas afiladas con franja blanca en las cejas saliendo. Son agresivos y malhumorados y yo, ocioso, me pregunto por qué, siendo como soy igual de picajoso que los chochines, prefiero con mucho a esos herrerrillos tan sociables. Tal vez sea porque los herrerrillos hacen lo que pensé que íbamos a hacer nosotros aquí, perder el tiempo sin hacer nada, no estar sujetos a horarios ni obligaciones, dar patadas a las hojas, jugar al escondite subiendo y bajando por los troncos de las encinas y pasárnoslo bien.

Meditaciones semejantes me mantienen así de sano y satisfecho a mis setenta años.

Ruth, al advertir que yo andaba irritable y deprimido, no dejó de pincharme e incordiarne hasta hacerle prometer que me pondría a trabajar otra vez en los papeles. Hace ocho años los saqué del despacho como un burócrata jubilado que cargara con los archivos, pensando que algo habría en ellos que como mínimo me permitiera ganarme una deducción de impuestos si los donaba a alguna biblioteca. Incluso pensé que podría sacar de allí material para uno de esos libros tipo *Mi vida entre los literatos* soltando muchos nombres. Ruth sigue pensando que sí. Yo sé que no.

Los escritores a los que representé han ido dejando sus propias obras, más o menos importantes. Yo tal vez habría hecho otro tanto si en lo más profundo de la Depresión no me hubiera visto forzado a elegir entre hacerme representante de gente de talento o ser un representado sin talento. Me deslicé camino de mi profesión como una mosca aterriza en un papel cazamoscas y mi

obra no está en las bibliotecas, ni en la mente de los hombres, ni siquiera en las plantas de reciclaje de papel, sino en esos archivos. Esos archivos son lo único que demuestra que alguna vez existí. En cuanto se me alcanza, bastante malo es contemplar cómo te vas desgastando sin que haga falta que metas antes de tiempo tu única parte inmortal entre bolas de naftalina. Ni siquiera es probable que llegue a ordenar bien los papeles, aunque ésa es la excusa que doy a Ruth para no empezar a escribir. Se podría aplicar una especie de Principio de Heisenberg. Una vez estén ordenados, estarán muertos, y yo también.

De manera que observo a los chochines y herrerillos, pego fotografías en los álbumes, releo cartas antiguas, retiro algunas y recupero otras, y preparo discursillos para Ruth explicando que una cosa es hacer un examen de tu vida y otra muy distinta ponerla por escrito. Escribir sobre tu vida implica que consideras que tu vida es algo que merece la pena contar. Implica una arrogancia, una confianza o una compulsión por justificarse uno mismo que yo no puedo pretender. ¿Acaso George Washington escribió sus memorias? ¿O Lincoln, Jefferson, Shakespeare, Sócrates? No, pero sí lo hará Nixon y seguro que Spiro Agnew está ahora mismo encorvado sobre las suyas.

Y en cuanto a Joe Allston, ha sido un compañero de viaje chistoso en la vida de otras personas y un turista en la suya. No ha habido un solo acontecimiento significativo en su vida que él hubiese planeado. Ha bajado a favor de la corriente como un palo, se ha visto sumergido en los remolinos y ha vuelto a emerger después, entendiendo sólo a medias lo que iba dejando atrás y entendiendo aún

menos cada año que pasaba. Allston no sabe nada que la posteridad necesite que le explique. En su estudio se limita a tranquilizar a una esposa que está preocupada por él y que lee a los psiquiatras que escriben en prensa aconsejando a los jubilados que mantengan activos sus cerebros. Finalmente, ahora me he puesto a escribir algo, no *Mi vida entre los literatos*, sino algo tan pretencioso como *Mis días entre las semanas*.

La misma Ruth, creyendo que me ha puesto a trabajar, se anima a salir al mundo y andar ocupada con actividades relacionadas con la lucha contra el deterioro del medio ambiente, las paranoias y esnobismos de nuestro ayuntamiento, los programas de la Liga de Mujeres con Voto y los déficits de la cooperativa. Un día a la semana se va hasta la residencia de ancianos (hospital de convalecientes, campo de exterminio) y lee en voz alta a los reclusos. Un par de veces he ido a recogerla y he salido presa de todos los horrores. No me explico que sea capaz de soportar pasarse una mañana entera entre aquellos muertos difusos, debilitados, temblorosos sabiendo que ella y yo estamos a unos pocos años de vernos en esa misma situación.

—Son encantadores —me dice—. Están solos, son cordiales y tienen buena disposición para todo, dan pena y son agradecidos. Algunos no tienen casi nada.

Supongo que son así y así se comportan. Una vez, como para avergonzarme, una de ellas me hizo, en señal de agradecimiento a Ruth, una funda sicolodélica para la máquina de escribir, de un paño verde con flores pegadas en colores naranja y magenta, una llamativa declaración frente a las fauces del tiempo. Me han pedido que bajase a hablarles de libros, pero no he ido. No tengo nada

que contarles, no más que si fuésemos refugiados de alguna guerra, avanzando por la carretera bajo el ataque de la aviación, lanzándonos a las mismas cunetas cuando hay que hacerlo y levantándonos para seguir luchando, cada uno buscando su propia salvación.

El mayor temor de Ruth es que yo termine sufriendo depresión. Y como yo tampoco la recibiría con gusto, probaré su receta («Escribir algo», «Escribir cualquier cosa», «Pon lo que sea por escrito») durante una semana del mismo modo que un chico perdido en el monte puede ponerse a gritar ante un precipicio sólo por oír una voz: no espero que se produzca ninguna revelación ni que emerja de entre los arbustos una patrulla de rescate lanzando vivas.

Esta mañana a las once, como de costumbre, bajé la cuesta andando para buscar el correo. Arriba, en lo alto, daba el sol y tenía tanto calor que bajé en mangas de camisa, cosa que lamenté al momento porque en el camino trazado en la ladera que da al norte había tanta humedad y olor a pescado como en la fría ribera de un lago. Por el cauce que corre bajo el camino murmuraba el arroyuelo empinado que todavía arrastra lluvia de la semana pasada. Con aquella pendiente se intensificaron tanto mis dolores en las articulaciones de las rodillas y de los dedos gordos de los pies que me pareció difícil creer que apenas hacía un año me lanzaba por esa cuesta bien de prisa, dejándome llevar por la gravedad.

A media bajada me detuve para mirar una pareja de ciervas tumbadas en la hierba fresca que había al otro lado del cauce. Por estas colinas somos demasiado civilizados para que haya pumas y, para los cazadores, la parcelación es excesiva. Resultado: un problema de ungulados peor que en Yellowstone. Aparecen veinte a la vez

y se echan a dormir en nuestro huerto y se comen las bayas de los espinos de fuego, las rosas, los tomates, las manzanas silvestres, cualquier fruto de temporada. Tengo calcetines viejos llenos de carne sanguinolenta colgados de los árboles y los arbustos que más aprecio porque se supone que a los venados les molesta ese olor. Incluso he considerado la posibilidad de hacerme traer un cargamento de estiércol de puma de Los Ángeles, donde hay un negocio de venta de ese producto, y sólo me lo impidió, o me disuadió, pensar que el olor de las boñigas de puma me molestaría a mí tanto como molestaría a cualquier ungulado.

Aquellas dos estaban tumbadas tan mansas como una vaca bajo un roble grande, moviendo las mandíbulas y dejándolas quietas y volviendo a moverlas mientras me observaban con las orejas de porra hacia delante, los rabos en nervioso movimiento. Buenos días, vecinas. Y cuidado con entrar en mi jardín si no queréis acabar con el pellejo lleno de postas.

Al pie de la colina salí del túnel de árboles donde la alcantarilla deja pasar la corriente sobrante por debajo de la carretera entre dos eucaliptos enormes. De una zancada pasé del frío al calor. El sol me bañó entero, la hierba se iluminó, desapareció la piel de gallina de los brazos, mi ánimo deprimido se elevó por un instante. El febrero de California, tan nuevo y verde y empapado como un cesto de helechos sumergido en un estanque. *Hoc erat in votis*, que dijo Horacio. Ésa solía formar parte de mis plegarias: un trocito de tierra no demasiado grande, en el que hubiera un jardín y cerca de la casa un manantial siempre vivo y detrás de él un tramo de bosque.

Exactamente. Eso es lo que vinimos a buscar y eso es



lo que tenemos. Debería tener mi mente tan plácida como esas dos ciervas que están rumiando los frutos de mi huerto arriba en la colina. Durante un tiempo fue así y algunas veces mi mente alcanza esa placidez. En este momento, bajo este sol generador, no siento prácticamente ningún dolor. Oh, nuevo mundo feliz que tales febreros tienes en ti.

Oh *feberos*, que diría Cronkite y la mitad de su tribu.

Pasé junto a la casita de los Hammond, que nunca llamaré casa de los Catlin, pese a que Marian murió y John y Debby se mudaron hace cuatro años, personas a las que queríamos mucho y de las que ya no hay tantas. El mero hecho de ver la casa sirve para estropearme otra vez el día.

No hay nadie, como de costumbre. La señora Hammond es agente inmobiliaria, las niñas están en el colegio, el viejo Hammond está de viaje, en Beluchistán o algún otro lugar instruyendo a la policía del gobierno iraquí, exportando conocimientos estadounidenses para ayudar a sofocar a los kurdos —los *valientes* kurdos, como los recuerdo en «Sohrab y Rustum», el viejo poema de Matthew Arnold—, esos kurdos que andan reclamando autogobierno, según le he oído decir a Cronkite.

¡Maldición! Con una repentina irritación, me pongo a componer una carta a los periódicos para enseñar a los comentaristas que todos cuantos utilizan el idioma públicamente de manera profesional deberían ser informados de que en «febrero» hay dos *erres*, que ambas hay que pronunciarlas bien, fuerte y suave, y que los verbos admiten más posibilidades de uso que el participio o el gerundio. *Anunciada por la Casa Blanca hoy una reunión convocando a líderes de los negocios*. Sólo con repetirla para mis adentros, como es lógico en el viejo Pantaleone en que

me voy convirtiendo, me hizo subir la tensión hasta 20 o 25 y, cuando me encontré con que el buzón estaba vacío y el cartero había vuelto a retrasarse, lancé un buen taco en voz alta en dirección a la orilla del sorprendido arroyo y me senté a esperar en un montón de troncos que en otros tiempos fue un puente que hice sustituir por una tubería. Mis gruñidos interiores continuaron como si un motor de explosión de alta compresión tuviera que funcionar con gasolina de pocos octanos y empezase a dar saltos y soltar toses y lanzar humo después de cortarle el contacto.

Eso es una mala señal, ya lo sé. Ruth me dice por lo menos una vez al día que los viejos o las personas que se van haciendo viejas tienden a desconectar, a retirarse, a mirar hacia dentro y no escuchar nada más que a sí mismos, a creerse moralmente superiores y volverse hiper-críticos. Y no *deberían* hacerlo. (*Yo no debería hacerlo.*) No soporta ir conmigo en coche a ningún sitio porque suelo despoticar contra los conductores que me molestan. «¿De qué te *sirve*? —exclama—. ¡Si no te *oyen*! Sólo te sirve para molestarme *a mí*.» «Me sirve para soltar presión —le digo—, porque si no revienta.» «¿Y esto que haces ahora no es reventar?», me pregunta.

Tiene razón. Tiene toda la razón. Encontrar faltas a los demás no es un modo de soltar presión, sólo sirve para aumentarla. Y no es sino uno más de esos muchos procesos que tantísimo me disgustan y que, además, son inevitables en su mayoría: la capacidad cada vez menor de resistir el frío o el calor, algo que tiene que ver con la expansión o la contracción de los capilares. La ralentización del ritmo mitótico de las células corporales, cuyo resultado es el deterioro y la reducción de sus funcio-

nes. La acumulación de placas en las paredes arteriales y de excrecencias cálcicas en las articulaciones, así como de ácido úrico, azúcar y otros elementos químicos indeseables en la sangre y en la orina. Irremediable, irreversible, abominable.

Y así ocurrió la semana pasada: el dentista me dijo que finalmente tendrá que extraerme la muela que intentó salvar matándole el nervio. Sin necesidad de cartas ni de posos de té, soy capaz de predecir que el futuro irá en esa dirección. Primero un puente, si consigue encontrar algún sitio donde sujetarlo; después, una prótesis parcial, y, al final, limpieza completa de todos los viejos raigones para poder colocar dientes falsos de esas dentaduras postizas que lucen en televisión. Llegará una mañana en que me miraré al espejo y veré a un viejo desconocido de mejillas hundidas, mirada asustada y boca de erizo de mar.

No puedo aguantarlo. Y yo debería procurar que ni eso ni otras cosas así me convirtiesen en un cascarrabias, pero maldita la ilusión que me hacen esas cosas y tantas otras señales de que la vida ha empezado a desmoronarse. El otro día, la mocita que estaba en la entrada del museo me lanzó una mirada y dijo muy contenta: «¿Tercera edad, señor?», y me dio las correspondientes entradas a mitad de precio. Aquello impresionó incluso a Ruth. Y a mi parecer, pagar la mitad suponía pagar de más.

Llevaba cosa de diez minutos sentado en los maderos viejos cuando Ben Alexander apareció por la carretera rural en su descapotable. Con la capota bajada, el pelo alborotado y acompañado por Edith Patterson, cuyas

## 20 WALLACE STEGNER

gafas de sol envolventes estilo Hollywood le hacían parecer un mapache. Aquella imagen era tan joven y alegre y californiana que tuve que echarme a reír. Ben es el auténtico jefe de esa tribu que pretende hacer que la vejez sea una época para la liberación. Y está escribiendo un libro sobre eso.

Se detuvo a mi altura, bajó la ventanilla y se quedó mirándome con las manos en el volante. Hasta que finalmente se retiró, de eso ya hace un par de años, Ben Alexander había sido mi médico de cabecera y todavía hoy consigue hacerme sentir como si estuviera sentado sobre la camilla, todo ridículo en calzoncillos a la espera de que el martillito de goma golpee bajo las rótulas y el mango de acero fuerce las plantas de los pies y el dedo rígido compruebe el escroto (¡tose!) y el guante de goma irrumpa por el ojete hasta alcanzar mi más secreta próstata («¿Qué tal orinas? ¿Un buen chorro? ¿Tienes que levantarte por las noches?»). Ben es un hombre al que admiro y en quien confío, uno de esos hombres que se comportan como dioses y dirigen vidas, sus propias vidas y las vidas de otros. Tal vez eso es lo que no me permite relajarme nunca del todo en su presencia, porque soy uno de esos hombres a los que la vida les sucede. Tal vez es que no me creo su optimismo redomado sobre la vejez. O tal vez es sólo que la relación médico-enfermo me hace sentir ligeramente incómodo: es difícil sentirse relajado junto a un hombre que en cualquier momento se puede poner a examinarte la próstata.

Sus ojos grises de médico iban registrando el aspecto y el estado de mis globos oculares, de mi panza, la rigidez con la que me mantengo y, por lo que sé, hasta las manchas de mis pulmones y mi hígado.

—¿Acomodándote, instalándote o descansando? —me dijo.

Edith esbozó una sonrisita y dirigió sus cristales oscuros reflectantes hacia mí.

—Rumiando —le contesté. Entonces me puse de pie y me sacudí el polvo de los pantalones—. Haciendo la muda. Hola, Edith. ¿No sabes que para una chica puede ser comprometedor eso de circular en un descapotable con este gallo viejo?

Una pregunta tan razonable como para formularla abiertamente. Ben era Ben, así que cuando veías a una mujer con él siempre te lo preguntabas. Su esposa, una mujer maravillosa a la que había adorado, había muerto hacía años. Ben tiene ahora setenta y nueve, hijos con más de cincuenta y nietos que ya han votado en las dos últimas elecciones a presidente; lleva un audífono en la oreja derecha, un marcapasos bajo la piel del pecho y una articulación de aluminio recién implantada en la cadera izquierda, pero de todas formas, con una vitalidad como la suya, nunca se sabe.

En cuanto a ella, Edith es siempre un poco fría y distante y como zumbona. Es bastante atractiva —lo más atractivo de sesenta años que hayas visto nunca—. Tiene un aire de una ligera imperturbabilidad burlona que recuerda un tanto la sensualidad reductora de Marlene Dietrich y, aunque nunca he visto nada ni siquiera mínimamente torcido entre ella y Tom Patterson, un arquitecto cuyo nombre se conoce tan bien en Karachi o en Tel Aviv como en su pueblo natal y que ha superado dos operaciones de cáncer de lengua, eso tampoco demuestra nada. Una de las pocas frases sabias que alguna vez me siento tentado a dejar para una posteridad expectante es que cualquier cosa es posible en cualquier momento.

—Hay peleas por ese privilegio —dijo Ben—. ¿Qué haces aquí, esperar al cartero?

—¿Qué otra cosa se puede hacer con un maldito cartero, salvo darle cinco dólares por Navidad?

—¿Ruth está en casa?

—Sí.

—Edith quería verla un momento. Edith, ¿por qué no coges el coche y subes tú sola? Yo me sentaré aquí con Joe para consolarlo.

Edith, que había estado mirando hacia el arroyo, enfocó de nuevo sus cristales oscuros. La boca y la nariz y las mejillas ocultas tras ellos no tenían expresión alguna. Asintió en silencio y cuando Ben se bajó del coche ayudándose de un bastón, se deslizó sobre el asiento, metió la marcha, arqueó los labios esbozando la sonrisa más leve posible y arrancó. Ben se quedó de pie con el bastón plantado y ambas manos apoyadas sobre él y me miró desde la altura de su metro noventa y cinco inclinado.

—Quería preguntarte, pero no me atrevía del todo... —le dije—. ¿Cómo está Tom?

—Es hombre muerto. Acabo de estar en la clínica con Edith mientras Arthur se lo decía.

—¡Oh, Dios mío! Ya me pareció que estaba demasiado callada.

—Está bien. ¿Sabes para qué quería hablar con Ruth?

—¿Para qué?

—Para decirle que no podrá tocar el piano en la residencia durante una temporadita. Quiere que busque a otra persona.

Y me dio por preguntarme si mi cabeza se ocuparía de la residencia si acabase de recibir una noticia como la que acababa de recibir Edith.

—Conmoverdor —dije—. ¿Tom lo sabe?

—Hace una semana que lo sabe. Hablé yo con él. —Una espiral de pelo gris se levantó en un remolino. El aliento que exhalaba sobre mí era fuerte y agrio—. Los dos pensamos que era mejor que fuese su médico quien se lo comunicase. Tom no se sentía con fuerzas para decírselo. Son un matrimonio muy unido.

—Supongo que sí —dije—. Se muestran tan serenos en todo momento que llegas a pensar que son imperturbables.

Una rachita de viento subió por el valle y una sombra de nubes oscureció rápidamente el borde de la carretera. Me froté los brazos para quitarme la piel de gallina.

—Vaya, maldita sea. Malditas nubes. Maldito el cartero que se retrasa. Malditos los carcinógenos colectivos. ¿Cómo podéis aguantar los médicos estar codo con codo con la Parca?

—¿La muerte? —preguntó Ben, sorprendido—. La muerte no es un gran problema. Es tan natural como el vivir e igual de fácil una vez la has aceptado. Yo ya he estado muerto dos veces. Las dos veces que me conectaron el marcapasos me quedé muerto en sus manos y me reanimaron.

—Bueno, por lo menos tu libro sobre la vejez tiene un final lógico.

Debo de haberle sonado a amargado, porque volvió a fijar sobre mí aquella mirada de médico suya.

—No te he visto circular mucho últimamente. ¿Qué has estado haciendo?

—Cuidando el jardín.

—Tendrías que ponerte un jersey con este tiempo. ¿Has vuelto a tener dolores?

—¿Quién te ha dicho que he tenido dolores?

—Tu médico —dijo Ben—, el médico al que te envié. He visto los últimos análisis. Jim piensa que igual te había deprimido con ese diagnóstico de artritis reumatoide. ¿Ha sido así?

—¿Si me he deprimido? No. No me llevé una alegría precisamente, pero yo no diría que estoy deprimido.

—¿Qué te ha dado?

—Allopurinol para el ácido úrico, Indocin para los dolores, Synthroid para cuestiones metabólicas en general, Oronase para el azúcar en la sangre y algo más para el colesterol, que no me acuerdo cómo se llama. Me limito a tomarme el puñado de pastillas que me da Ruth.

—He olvidado si tenías historial cardiaco.

—Tuve miocarditis una vez, hace años. O pericarditis o endocarditis, nadie me puso nunca la etiqueta exacta. Tenía dolores en el pecho y la máquina de los electrocardiogramas se puso loca y acabé perdiendo como nueve kilos. Me encamaron y al cabo de poco tiempo se me pasó.

Se comportaba igual que en su despacho. Me hacía ponerme a la defensiva, plantado allí de pie apoyado en el bastón y mirándome con el ceño fruncido. Resollaba y gruñía y de nuevo sentí su aliento agrio. Me fastidiaba estar ante aquel gigante en ruinas como si fuera inmune e inmortal, mientras sondeaba mis interiores, él que estaba diez años más cerca del límite que yo. Por supuesto que no dudó en intentar tranquilizarme.

—Esa miocarditis es una de las cosas que le sugirió a Jim la artritis reumatoide —dijo—. Se asocia a la artritis reumatoide, del mismo modo que las fiebres reumáticas se asocian con la enfermedad coronaria, pero no tiene que



tener razón necesariamente. Deja que te vea las manos.  
—Examinó los nudillos de la mano que le alargué y luego me pidió la otra y también la examinó. No comentó sus conclusiones tras esa inspección—. Pero aunque tuviera razón —dijo—, no te preocupes, no terminarás en una silla de ruedas.

—No me preocupo.

Su voz, jadeante y potente, se imponía a la mía. Allí los dos de pie, en la esquina verde de las calzadas y con el rumor del arroyo en lo profundo del cauce, parecíamos enfrascados en una disputa que no queríamos que se desatara.

—Las enfermedades no siempre desarrollan todo su potencial, precisamente como las personas —dijo—. Como mucho tienes una posibilidad entre cinco de quedarte impedido de verdad. ¿Haces mucho ejercicio?

—Paseamos, trabajo en el jardín.

—Bien. Estás en buena forma. Llegarás a los ochenta.

—Vaya, gracias, doctor —dije—. Agradezco el cumplido.

Otra vez aquel ojo de reptil de siempre, un resoplido por la larga nariz.

—¿Sabes lo que te pasa? Tienes un caso grave de crisis de los sesenta. Los sesenta son la edad de la angustia. Te sientes al borde de la vejez y te entra la preocupación. Y en cuanto pasas el septuagésimo cumpleaños, todo eso desaparece y eres como un hombre con un coche viejo que no tiene ningún sitio en concreto adonde ir, lo conduces por donde quieres y cada día que sigue funcionando es un regalo. Si evitas las enfermedades mortales y mantienes las degenerativas bajo control mediante una dieta razonable y ejercicio regular y te tomas la química que necesitas para conservar el equilibrio, puedes vivir práctica-

mente para siempre. En sentido estricto, la vejez no existe: es posible mantener tejidos de pollo vivos de modo indefinido en un caldo de cultivo adecuado.

—Qué curioso... —dije yo—, pero nunca he tenido el menor deseo de vivir en un caldo de cultivo.

Aquello le exasperó.

—El jardín te aburre. Si yo hubiera estado presente cuando Dios colocó a Adán y a Eva en aquel sitio perfecto, sólo les habría dado unos cuantos meses. Hubieran durado más en Las Vegas. ¿A quién ves? ¿Quiénes son tus amigos, aparte de los que yo conozco?

—¿Has estado hablando con Ruth?

—No. ¿Debería hacerlo?

—No, pero sostiene lo mismo que tú, que necesito tener más gente alrededor. Siempre he tenido más de la que quería. Unos pocos amigos bastan. Hay cantidad de personas muy agradables y queridas, pero no las veo ni las echo de menos. Cuando se terminó el trabajo, se terminó tanta gente... toda menos ese puñadito de los que significan algo. Tal vez eso sea alarmante, pero yo soy así.

—Muy bien —dijo Ben—. Hay personas así. No hace falta que te apuntes a una academia de baile. Pero no lo digo en broma, muchas veces uno mismo es quien se adjudica la vejez. No querrás convertirte en un ermitaño que atesora cordeles y tapones de botella y persigue a los críos de los vecinos para echarlos del jardín. Sal más. Ven a almorzar conmigo.

—Claro, cualquier día.

—Te llamaré. Y por Dios santo, ¡no te pongas a pensar que vas a terminar en una maldita silla de ruedas!

Dio vuelta al bastón y para subrayar su frase me dio un golpe en el esternón que casi me tira al suelo.

—¿Qué demonios es eso, una cachiporra?

—¿No te lo he enseñado?

Lo mantuvo en alto. En el palo, que parecía de cerezo, había atornillado un hueso grande que era, como pude comprobar, la bola de la articulación de la rótula de un animal de buen porte. La empuñadura tenía el tamaño de una pelota de frontón y llevaba un adorno de hueso alrededor de la base de donde salía un mango de cinco centímetros que se sujetaba a la madera con una tira ancha de plata. Como remate de aquel bastón de elegante madera pulida, el mango resultaba grotesco, el trasto que cualquier perro que se respetase enterraría bien y nunca volvería a sacar.

—Es la articulación de mi cadera —dijo Ben—. Cuando me rompí la cadera y estaba en el quirófano lo último que le dije al cirujano fue: «Doctor, guárdeme la articulación, la quiero». Llevaba setenta y nueve años andando con ella y quería seguir andando apoyándome en ella.

Entonces ya me dio la risa y tuve que taparme la nariz y apartar el bastón que tenía delante de la cara. Aquello tenía pinta de oler mal.

—¿No deberías haberla dejado al sol por lo menos para blanquearla? —le dije—. Es un hueso marrón horrible y con un aspecto nada sabroso.

—Es un hueso *sólido*. Cuando lo vi me sentí orgulloso, vive Dios. Míralo. Ni espolones, ni descalcificación, ni nada. Si no hubiera sido por aquella caída, me habría durado toda la vida.

El descapotable blanco apareció lentamente a la vista tras la curva de la cuesta de los Hammond.

—Ahí viene Edith —dije—. ¿Me comporto como si no lo supiera?

Lo pensó apenas unos segundos.

—Mejor. Si fuera yo no lo ocultaría, pero ella es como tú, prefiere ir por su cuenta y rechinar los dientes a solas.

Edith detuvo el coche, impasible detrás de sus gafas, las mejillas planas con su aspecto engañosamente joven, los labios fijados en esa expresión habitual suya de regodeo distante e indulgente. Ben abrió la portezuela, ella se deslizó hacia la plaza de acompañante, Ben entró en el coche y lanzó el bastón sobre el asiento trasero.

—Piénsatelo —me dijo—. Te llamaré para almorzar uno de estos días.

Saludaron los dos con la mano y se marcharon y yo volví a sentarme en los troncos del puente.

No suelo reaccionar muy bien cuando otras personas se muestran dispuestas a dirigir mi vida, mis hábitos o mis sentimientos. Ben tiene algo que me hace sentir como si tuviera quince años, una edad que todavía me resulta menos atractiva que los sesenta y nueve. No ha dudado de sí mismo en toda la vida. Él es una de esas personas, insufribles cuando lo piensas, que siempre han sido capaces de hacer exactamente lo que se han propuesto hacer. Hijo de un misionero de China, se vino a California sin un dólar decidido a hacerse médico y se hizo médico, de los buenos y hay quien cree que de los grandes. Incluso ahora que ya casi ha dejado de ejercer, hay quienes vienen desde muy lejos para que los trate. Ha atendido a todo el mundo, desde el almirante Nimitz a Angela Davis, cuenta con más gente famosa en sus archivos que yo y él los trató de un modo más íntimo. Yo sólo he leído sus manuscritos y los he llevado a comer y he preparado sus contratos y les he adelantado dinero y los he sacado de algunas dificultades. Él les ha examinado la próstata o su equivalente.

Quería dinero y lo consiguió, ganó dos o tres millones de dólares. Y hay que concederle que practica lo que predica. Cuando se construyó su gran casa en casi doscientas cincuenta hectáreas de terreno en la falda de la montaña no se retiró, sino que arrastró al mundo con él. Y eso que se trata de un lugar tan apartado como la base aérea de Vandenberg. Dos o tres noches por semana su pareja de chinos sirve la cena a unas veinte personas, personas de esas que han estado en todas partes y han hecho de todo. Gracias a su pequeño viñedo, Ben hace cada año mil botellitas de un Cabernet Sauvignon extraordinario. Además es consejero de media docena de empresas electrónicas en la península, ha formado parte de media docena de comisiones presidenciales, posee viñas en Sonoma y ranchos en el condado de Mendocino y colecciona cosas — amigos, libros, dinero, epigramas picantes, cuentos guarros — de la misma manera que un filtro de aire junta pelusa.

Ben también, pensaba yo allí sentado en mi tablón astillado de  $8 \times 8$ , es uno de los pocos hombres que conozco que es lo bastante considerado como para acompañar a Edith Patterson mientras le dan la noticia de que su marido está condenado a muerte o para tomarse unos minutos y leer los resultados de los análisis de Joe Allston, un antiguo paciente llorón, y acercarse expresamente a verlo para tratar de tranquilizarlo.

¿Que si apreté los dientes? Vaya si los apreté. Me quejé por retraimiento e irritabilidad y silencio. Diez minutos con Ben Alexander y ya estaba decidiendo dejar de actuar como un mariquita ante lo de hacerme viejo.

Finalmente llegó la camioneta roja, blanca y azul de Correos, y el cartero, tan contento como si hubiera lle-

## 30 WALLACE STEGNER

gado puntual, me entregó un montoncito de cartas. La mayor parte, como de costumbre, iban dirigidas al titular o al residente. Y las otras parecían solicitudes de cualquier cosa. Ése es otro síntoma de la jubilacionitis, la forma en que disminuye el correo, tanto en cantidad como en importancia. Me metí el fajo en el bolsillo de la derecha y eché a andar camino arriba, leyendo mientras caminaba y traspasando los papeles leídos al bolsillo del otro lado.